

## **PRESENTACIÓN**

Hacer trabajo arqueológico en el Perú no es tarea fácil. La actitud de algunos de sus gobernantes y de cierto sector de la población de admirar todo lo proveniente de afuera lleva latente el desprecio por la producción nativa, derivado de políticas coloniales que diferenciaban una nación de criollos y otras de mestizos e indios. Distinciones todavía persistentes, donde las cosas de indios son manifestaciones ajenas, de menor calidad, con las cuales no se identifican los otros componentes sociales, aún cuando, en algunos casos, les reconocen cierto valor para el desarrollo turístico por la singularidad cultural, que es destacada, la mayor parte de las veces, por los mismos extranjeros.

Quizá por esta clase de actitudes el país no cuenta con una institución eficiente dedicada a la investigación, conservación y defensa de su patrimonio arqueológico a pesar de la riqueza de éste y de haber consenso en los demás países que en el campo arqueológico se encuentra nuestra principal fortaleza turística. Entidades estatales o privadas, como los museos o el Instituto Nacional de Cultura no tienen ni promueven significativos proyectos de estudio sobre la historia prehispánica. Los escasos fondos económicos se destinan al montaje de exposiciones de pobres contenidos, a la conservación de bienes provenientes de la huaquería o que han ido perdiendo sus referencias en inadecuados almacenes con el paso de los años y al mantenimiento de una burocracia distribuidora de los proyectos de evaluación, que en la mayoría de los casos sólo ha servido para una destrucción oficial de las evidencias arqueológicas.

En ese contexto, y más allá del fin turístico, a ciertas autoridades no les interesa la investigación científica para la recuperación de información sobre los diversos modos de vida, actividades y culturas de las sociedades prehispánicas. Los escasos programas de estudio que pudieran haberse planteado y sostenido en el largo plazo no son comprendidos, se hostiliza a sus investigadores, se obstruyen sus actividades y se busca su desactivación total. Constituyen buenos ejemplos los prestigiosos equipos de investigación que han venido trabajando en Sipán, dirigidos por Walter Alva o en Huaca de la Luna, bajo la conducción de Santiago Uceda, y que han permanecido por los esfuerzos personales de sus gestores, sin el debido apoyo institucional.

Además de los problemas estructurales y de identidad señalados cabe mencionar aspectos personales de los componentes sociales, en parte derivados de la mediocridad y de las frustraciones existenciales propias de situaciones económicas deprimidas, que se expresan en conductas insanas marcadas por la envidia, la agresividad y las ansias de despojo.

En las condiciones indicadas se comprende las dificultades de los peruanos para producir artículos científicos en arqueología y, cuando lo hacen, las limitaciones que tienen para su difusión.

Décadas atrás los arqueólogos extranjeros que efectuaban investigaciones arqueológicas en el Perú tenían el compromiso de presentar sus resultados en eventos nacionales y de publicarlos en revistas del país. Actualmente, estos profesionales asisten a reuniones en sus respectivas naciones y publican en sus idiomas. Ya no importa que la información histórica sea de conocimiento de la población a la que le pertenece por tradición y para la cual ésta debe ser indispensable.

Por todo lo que ha venido ocurriendo se hace notoria la falta de una política cultural que considere la necesidad de nuestra sociedad de conocer su historia milenaria, de evaluar los esfuerzos de nuestros antepasados para acondicionar el territorio andino, hacerlo productivo y crear civilizaciones de avanzados y singulares desarrollos. Esta historia nos es imprescindible para comprender nuestro presente, aprovechar de las experiencias apropiadas a la realidad natural y social, identificarnos como nación, mejorar nuestra autoestima social y generar fuentes de trabajo a través del turismo. El Perú requiere de una institución específica dedicada a la investigación, conservación, promoción y defensa de su patrimonio arqueológico, con una estructura organizativa eficiente, donde labore un personal idóneo; y que esté dotada del presupuesto adecuado.

Si bien es ingente el patrimonio arqueológico se necesita un programa de investigación descentralizado, que fomente centros o polos arqueológicos, a partir de los cuales pueda financiarse la extensión del trabajo a través del tiempo. Se cuenta para ello con varias universidades regionales que tienen programas para la formación de arqueólogos; los recursos económicos pueden provenir del turismo y de un porcentaje de las investigaciones extranjeras, como exige el gobierno de México, para promover la puesta en valor de sus monumentos.

Tenemos sitios arqueológicos de primer nivel, también el recurso humano que pueda poner en marcha y desenvolver un plan de trabajo nacional. Una política cultural apropiada proveería de la financiación necesaria y permitiría alcanzar los fines que coadyuven al desarrollo social del país. No habrá despegue económico sustentable si no mejoramos la autoestima de los peruanos y logramos confluir hacia la construcción de un país arraigado e identificado con su historia compartida.

En este sentido, *Arqueología y Sociedad* es la contribución del Museo de Arqueología y Antropología a la tarea de profundizar el conocimiento sobre nuestra realidad, mediante la difusión de las últimas investigaciones realizadas en el campo de la Arqueología y otras disciplinas afines.

Abrimos esta edición con algunas reflexiones sobre el patrimonio arqueológico, discutimos su importancia y las posibilidades que ofrece para el desarrollo del país. Enfatizamos el importante papel que puede cumplir el patrimonio arqueológico en esta labor siempre y cuando se opere un cambio de valoración frente al mismo, en todos los ámbitos sociales.

Entre los estudios arqueológicos, la contribución de Arturo Noel ofrece un detallado registro del proceso arquitectónico de una estructura de la Ciudad de Caral, el cual incluye el enterramiento ritual de la misma al término de su uso. Reconoce también la profundidad temporal de esta práctica andina, la cual se mantuvo durante siglos. Su análisis de las

bolsas de fibra que se utilizaron para sepultar la estructura, sugiere la participación, en esta actividad, de grupos humanos compuestos por individuos de diferentes edades.

Sobre la base de los materiales hallados en un contexto de la fase Ichma medio de Lima, Luisa Díaz y Francisco Vallejo han preparado una minuciosa tipología de la cerámica de la sociedad de Lima, estableciendo un importante referente comparativo para otras asambleas de la época. Su estudio incluye el registro de cuatro contextos funerarios del mismo período.

En relación con la problemática de la arqueología del valle de Ayacucho, inmediatamente antes y durante el Imperio Inca, Lidio y Ernesto Valdez presentan una investigación en la que plantean la continuidad de la ocupación poblacional del lugar frente a la idea tradicional del despoblamiento del valle durante el incanato. Introducen de esta manera, la necesidad de revisar los límites temporales del estilo denominado Chanca.

Un inesperado hallazgo en el valle de Asia ha permitido a Rommel Ángeles estudiar un peculiar contexto del período Formativo, correspondiente a un entierro, que muestra una notable variedad de objetos, elaborados con los más diversos materiales. Ceramios, metal, minerales y huesos trabajados muestran la amplia gama de materia prima a la que podían tener acceso algunos individuos notables de la época, así como la extensión de las redes de interacción de entonces.

Eberth Serrudo entrega un estudio preliminar del Tambo de Taparacu, edificado en Huánuco durante la época Inca. Confronta los registros del tambo en las crónicas hispanas, hace un análisis de sus estructuras y establece su correspondencia con los patrones constructivos Inca.

Pasando al ámbito lingüístico, Isabel y Antonio Gálvez ofrecen un estudio de los antropónimos de los valles de Supe y Huaura, obtenidos en registros de campo y archivos poblacionales. A partir de esta información y la revisión de las etimologías determinan su filiación quechua, y aportan mayores datos sobre el pobre conocimiento lingüístico del área señalada como la cuna del quechua.

Sobre la base del análisis de isoglosas morfológicas y fonológicas del quechua del sur de Ancash, Gustavo Solís propone una zonificación dialectal para este territorio. El trabajo revela la conjunción, en un mismo espacio, de tres variedades de quechua; el río Pativilca habría servido de frontera a dos de ellas.

El estudio histórico de Miguel Ángel Del Castillo y María Moscoso descubre una amistad entre dos influyentes intelectuales limeños del siglo pasado: Pedro Zulen y Julio C. Tello. La correspondencia intercambiada entre ambos intelectuales permite una interesante aproximación a la historia de las ideas en el contexto de la época.

Finalmente, Elsa Vílchez esboza una lectura del proceso ashaninka en el oriente peruano, acudiendo a una serie de eventos que revelan las continuas agresiones a las que se ha visto expuesta esta sociedad a través del tiempo.

Ruth Shady Solís  
Pedro Novoa Bellota